

Deseo

Sé dónde estoy, pero no dónde me encuentro. Estoy en un punto de partida, pero el punto no es la línea y es la línea la que da la dirección. Empiezo un viejo año sin propósitos, pero con el mayor de todos los deseos: el deseo de desear. Mientras conserve éste y aunque nunca me sacie, podré decir que estoy viva.

En realidad, a este punto de partida puedo llamarlo nudo. Y siento cómo tiro para un lado y para otro; trato de liberarme, pero trato de asirme; soltar la cuerda y atarme.

Sí, es un enredo. Quisiera tener clara mi existencia; ser una de esas mujeres que pueden definirse, que se saben vivir. Tal vez por esto escribo, con este deseo, con esta insaciedad.

Río

Soy una mujer de mediana edad, de mediana estatura y mediano intelecto. Rara vez contemplo algo desde las alturas o desde algún abismo. No suelo llorar ni reír a oleadas grandes; soy como un río, soy como un río subterráneo.

Mi lugar es ahí donde los solitarios se extravían.

No tengo casa ni soy casa de nadie.

Mi mundo me es ajeno.

Me da miedo poseer, me da miedo hacer pacto con la vida, me da miedo quedarme.

Inasible

Llevo días intentando recordar alguna frase afectuosa, alentadora o, por lo menos, moralizante. No he encontrado ninguna, lo que me hace pensar que mi memoria es selectiva y acumula palabras desdeñosas y malos augurios.

En realidad, rebuscar entre tanta paja una pizca de sabiduría es exigirme demasiado. Estoy abrumada, aturdida: o escucho o miro o pienso; una cosa a la vez. Si traigo tus palabras a mi mente, necesito borrar tu mirada; pero es precisamente tu mirada la que quiero, pues las palabras duelen.

Mamá: está bien que ya no digas nada. Recibo tu silencio. Cedo tus frases al viento. Pero no dejes de mirarme.

Como quien guarda en su puño un pedazo de hielo, así estoy, deseando retener lo fugaz y lo inasible.

Hilarme

Intento sostener y conservar el hilo, pero las cuentas del collar se han dispersado; alguna se extravió, otra está rota, la mayoría rueda por el piso: un brazo, una pierna, esta espalda pesada, esa parte doliente...

En el espejo veo la ausencia del collar y que ninguna prenda cubre la total desnudez; que siempre se revela lo que falta, que por más que uno vista, nunca, nunca basta.

Desconfianza

Los objetos me gustan o no me gustan, me significan cosas agradables o desagradables, pero no soy demasiado apegada a ellos y no guardo alguno en especial.

Recuerdo, sin embargo, un cuadro que estuvo colgado por mucho tiempo en la casa de mis padres; al subir la escalera y llegar a la planta alta, uno se topaba con él. Era la reproducción de un fragmento de una connotada pintura; la reproducción de un rostro, el marco de una mirada. Quizá la más pertinaz de todas las miradas que sobre mí se han puesto. Yo corría a buscarla para hablarle, para llorar o mostrarle una herida en la rodilla... Ingenuamente. Tontamente.

Años después vi la obra completa, descubrí que esos ojos no apuntaban a mí, que se perdían en la composición y que no había entre nosotros confidencialidad ni afecto alguno. Desde entonces desconfío de los objetos.

Contraste

Quisiera ser el anhelo de un hombre y saber que me piensa y que me extraña.

Quisiera ir de la mano con alguien, aunque decirlo suene desgastado.

No sé si he tenido una pareja, un compañero, o si esa coincidencia se fue sin despedirse. Se fue así porque nunca firmamos un acuerdo; no hubo un pacto ni nada se escribió. Así como el azar nos colocó de frente, nos contrapuso luego.

Tuve encuentros anónimos. No trajeron ni se llevaron nada. No tomaron de más, pues no hubo mesa puesta. ¿Cómo hablar de contraste sin el “con”? ¿Qué es el “sin” en sí mismo?

No me he descubierto en otro. Hoy pienso, sin embargo: quiero pensar en alguien que me piense.

Abandono deseo

En los últimos días he pensado en la maternidad: de muy joven decía, rotundamente, que no, no quería tener hijos; pero sé que lo hacía por rebelarme y afirmar “Yo no quiero lo mismo”, como si hubiese tenido otras expectativas o planes. Quise llevar la contraria y eso logré.

No tengo hijos. Sin embargo, secretamente, fui madre de dos niñas. Le di nombre a cada una. La mayor, de cabello largo y lacio, tímida, dulce y discreta; la menor, de brillantes rizos, más alegre y sonriente. Ambas fueron creaciones terminadas conforme a mi deseo. Nunca les hice falta, pues nada les faltaba.

He deseado tener hijas; mas no he estado dispuesta a nutrirlas, mirarlas, dejarlas fuera de mí crecer y separarse. No sé qué hacer con esto, no sé si es egoísmo o miedo a amar tan imperfectamente. Opté por lo seguro: no tener lo que no puedo sostener.

Alguna vez alguien me dijo que a los hijos se les concibe desde que se les piensa. Dondequiera que estén, hijas, perdonen mi abandono.

Inefable

Las palabras, sus morfemas y lexemas, me han fascinado siempre. He creído saber utilizarlas e incluso me he atrevido a trastocarlas... Qué ingenuidad. La

verdad es que ellas me poseen y me usan; me determinan, me marcan, le dan significado a lo que vivo, o se lo van quitando.

Aquí, mudamente, les suplico a las palabras: ¡déjenme hablar! ¡Denme algo que decir!

Llevo días bloqueada y no sé si es saboteo. Hago un esfuerzo por recordar esa palabra clave, pero solo repito un chasquido con la lengua: cloc, cloc, cloc... Sé que puedo enloquecer y eso me aterra.

Paroxismo

He querido ser poeta, bailarina, cantante de jazz y monja, pero no por vocación, sino por necesidad; por este impulso, siempre presente en mí, de perder el sentido, la clara dirección, el camino recto.

Me he querido ver en éxtasis, balbuceando reverente a lo sagrado; he deseado alcanzar el paroxismo en la humilde rendición.

He aspirado a elevarme sobre todas las cosas para poder caer desde el ápice de las alturas.

Tengo la vocación no de los santos ni los iluminados, sino de los profanos, pero he sido llamada a fundirme en lo que yo no soy.